

ojos con la imponente convicción de una órbita celeste. Ellos son el destino, el que no tenemos nosotros, frágiles figurillas puntillistas a punto de disolverse en el aire ambiente. *Calme bloc ici-bas chu d'un désastre obscur*: el verso de Mallarmé sobre Edgar Poe puede muy bien servir para caracterizar a estas figuras que el hombre se inventa para inventarse un destino. En la imaginación literaria (o en general artística) se unen y organizan los dispersos y evanescentes puntos de nuestra vida para formar una figura significativa: por ella recibimos una sospecha de destino.

## Un genocidio cultural

Lo grave no es tanto que nuestra civilización del consumo nos ofrezca cosas tontas a porrillo como que en ella reine todopoderosa Su Majestad la Estulticia. ¿Como en todas las épocas? Tal vez, pero sin la inaudita capacidad de propagación y dominio que hoy le presta la técnica. Ahí está —y es sólo un ejemplo— la televisión, universal entontecedora. Se ha hablado y se habla profusamente de su capacidad de apisonadora de cerebros, pero hay algo que me choca particularmente: la «urbanización» mental del campesino por el nivel más bajo de la cultura urbana. Antes, el campesino vivía de una cultura ancestral que le prestaba cierto carácter y, a menudo, una dignidad manifiesta; tenía, por ejemplo, una manera sentenciosa de hablar (aunque fuera en la forma a menudo degradada de los refranes); sus modales eran pausados, incluso torpes, pero impregnados de cierta nobleza; aunque frecuentemente analfabeto, su inteligencia práctica, pegada a las realidades de la vida, era viva y creadora (lo del «cretinismo aldeano» típico del optimismo industrialista de Marx y otros pensadores del XIX, no pasa de ser pura barbarie racionalista)... ¿Y qué ha hecho la tele —y, con la tele, la entera civilización del consumo— de ese hombre dotado de una personalidad y de unos valores estimables? Un *clochard* mental de las ciudades modernas, un papagayo que repite la hueca palabrería televisiva (hasta termina por perder a veces el sabroso acento del terruño para apropiarse el habla robotizada que le sirven desde la pequeña pantalla esos muñecos llamados presentadores o animadores, tan a menudo notorios cretinos orgullosos de su cretinismo)... Un auténtico genocidio cultural. Un hombre que llevaba algo valioso dentro se convierte en el *homo vacuus universalis* típico de nuestras sociedades. Un súbdito más de Su Majestad la Estulticia, alimentado con las sobras de esa cultura de quita y pon que pergeñan en sus lujosos cubículos los diseñadores de la producción capitalista. De la hermosa cultura del pasado y del presente, que esos diseñadores desprecian ignorándola, seguirá tan ayuno como antes, habiendo ade-

más perdido su propia cultura vital. Resultado: un guiñapo más. Sin duda por razones biográficas, es ése uno de los aspectos degradantes de la civilización del consumo que más me conmueven y sublevan.

## La vida como mercadería

Sopesa, mi amigo, qué es mejor: vivir podrido de deseos que uno no puede satisfacer, o vivir sin poder tener deseos reales y fuertes en una sociedad que ofrece miríadas de cosas, de productos, no para satisfacer los deseos esenciales del individuo sino los pseudodeseos que en él induce la pervertidora publicidad en todas sus formas. La civilización del sofisticado cachivache termina por privarnos de ese motor esencial y suprema cualidad vital que es nuestra capacidad de desear. Me pregunto si algún día la megamáquina capitalista no será incluso capaz de inducir en nosotros, con sus infectos poderes de persuasión, esos mismos deseos fundamentales que ahora descuida o trata de asfixiar: la luz, el aire puro, el silencio de la naturaleza, el amor de las criaturas, la camaradería, la poesía del existir... En cuanto logre convertir en marcaderías todo eso que se nos da gratuitamente por el hecho de nacer (como ya hace en buena parte con el amor, gracias a su *industria* —¡qué infamia!— del sexo), la megamáquina tratará de inducir y regentar esos deseos para utilizarlos como poderoso motor del mercado mundial. Naturalmente, se tratará de deseos ficticios, adulterados, prostituidos. Pero hasta de eso es capaz de privarnos la apisonadora «civilizatoria». El proceso general de robotización habrá dado entonces un paso de gigante.

## ¿Identidad cultural?

Yo me identifico sin ninguna dificultad con un hombre del siglo XIV, un arcipreste sensual y moralizador, cuando para contar un «disparate de amor» dice donosamente: «Sembró avena loca ribera de Henares». Los dos, el arcipreste y yo, chapoteamos en la misma corriente: la lengua castellana que nos hace y deshace. Pero ¿acaso me identifico menos con un desgarrado y conmovedor príncipe de Dinamarca cuando insomne escudriña *the undiscovered country of Death* (el país inexplorado de la Muerte)? Al príncipe como a mí nos conturba el temblor de vivir. Como individuo, puesto a buscar, podría encontrarme centenares de identidades culturales y humanas en las que vivo y de las que vivo. A no confundir, pues, con la «identidad cultural» como concepto y marchamo colectivo y político, a menudo

pura barrera defensiva frente al otro más poderoso e invasor. La identidad concebida como sello colectivo —las señas de un pueblo— es por naturaleza exclusivista y, por consiguiente, reductora de las múltiples identidades de cada individuo. Puede servir como etiqueta política y aun como fundamento de agrupación colectiva, pero no de cauce para una relación profunda de hombre a hombre.

## ¿Salvarse por el arte?

¡Cómo se podría vivir si no existieran las *Variaciones Goldberg*! Ya lo dijo muy rotundamente Nietzsche: «Sin la música la vida sería un error». Y, sin embargo, ¿qué hacemos con quienes —la inmensa mayoría de nuestros semejantes, sí, sí, semejantes— ni siquiera saben que las *Variaciones Goldberg* existen? ¿La justificación, la salvación por el arte es sólo asunto de los *happy few*? ¡Sería una vergüenza! No, ese imperativo, para que sea kantianamente universal, tiene que renunciar a todo carácter culturalista o esteticista. Hay *Variaciones Goldberg* de las que no sabemos los sabedores y de las que sabe el hombre sencillo por el simple hecho de ser hombre. Sepamos buscar en el inmenso silencio de los hombres anónimos. Ellos tienen también su alta palabra que decir, su alta música que cantar...

## Bach y Beethoven se tapan los oídos

Imaginemos a Juan Sebastián Bach acabando de componer su *Sonata núm. 2 para violín solo* y a Ludwig van Beethoven dando la última mano a su *Cuarteto núm. 15*. Sigamos imaginando que al primero el Dios del futuro le hace oír la *Sonata para violín solo* de Béla Bartok y al segundo el *Cuarteto para el fin del tiempo* de Olivier Messiaen. Imaginemos la reacción de los dos mayores genios de la música que hayan venido a alegrar el destino de los hombres. ¿Cabe alguna duda sobre ella?: los dos se echan las manos a la cabeza, o se tapan los oídos, o se quedan fríos como témpanos; en cualquier caso, reacción totalmente negativa ante... dos de las más hermosas obras maestras que nos haya regalado la música de nuestro siglo. Me alegraría que alguien pudiera convencerme de lo contrario, pero lo veo difícil. La verdad es que resulta doloroso tener que aceptar semejante conclusión, porque parece grotesco que cualquiera de nosotros, el más insignificante melómano de nuestros días, pueda admirar rendidamente las dos obras soberbiamente clásicas y las otras dos frenéticamente modernas y que en cambio ello les habría estado vedado a quienes dominan con su